

Recuerdos de
Locosmos

Ricardo Mariño

Ilustraciones de Chavetta Lepipe

loqueleg

*Dedicado a los siguientes extraterrestres
que alguna vez fueron niños:
María Victoria Auteri, Bruno Loiseau
y Juan Sebastián Califa.*





LLEGADA AL PLANETA

Puede escribir este manual luego de pasar una prolongada temporada en Locosmos, el planeta de los locos del Cosmos. Quien pretenda realizar una travesía similar no espere encontrar en este volumen información sobre qué tipo de nave espacial utilizar o qué ruta cósmica seguir. Mi experiencia indica que no se puede ir a Locosmos. Solamente se puede esperar que el planeta venga al encuentro de uno.

En cuanto a mí, de alguna manera llegué a Locosmos gracias al señor Jorge Luis Borges.

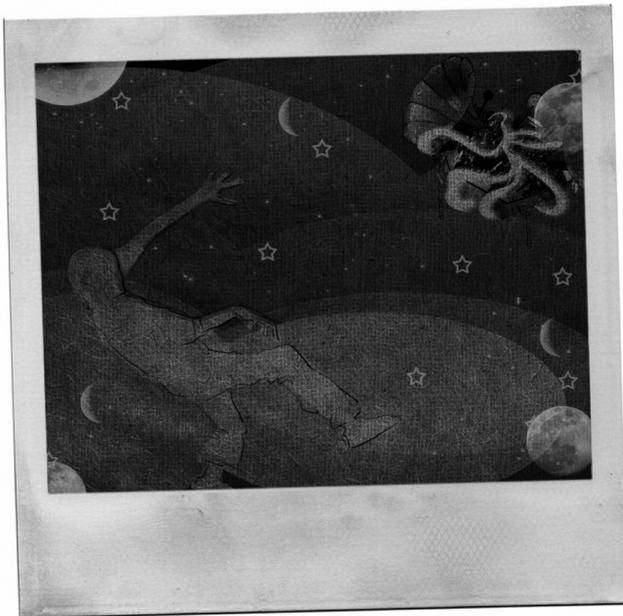
Cierta vez estaba leyendo un libro de cuentos de Borges durante un descanso en mis tareas: soy sereno en una planta de gas. Recuerdo que estaba muy entretenido cuando comencé a escuchar un fino ruidito, algo así como un “shhhhhh...” prolongado.

Aparentemente algo pasaba en el más grande de los tanques de gas. Hacia allá fui,

llevando una vela encendida en la mano (había corte de luz).

Cuando estaba acercándome al tanque y el ruido se escuchaba más fuerte, sorprendivamente se iluminó todo. Escuché un ruido ensordecedor, y cuando abrí los ojos estaba flotando en un silencioso e infinito mar azul. Tardé en comprender que me hallaba en el Cosmos.

Poco después vi que venía hacia mí una especie de tuerca gigantesca, un mundo de forma hexagonal. Me cubrí la cabeza y me encomendé a Dios.



No podría explicar cómo fue que luego aparecí en una ciudad, en medio de una calle en la que iban y venían seres tan extraños como jamás hayas imaginado, querido lector terrestre. Pasé unos minutos casi inmovilizado por el asombro, hasta que reparé en que a fin de cuentas continuaba vivo y ninguno de esos seres se extrañaba por mi presencia. Incluso detuve a uno que marchaba apurado y le pregunté si yo no le resultaba raro.

—¿Raro? ¿Me pregunta si me resulta raro! ¿Por qué habría de resultarme raro justamente usted, si por Locosmos andan los bicharracos más increíbles? —me respondió.

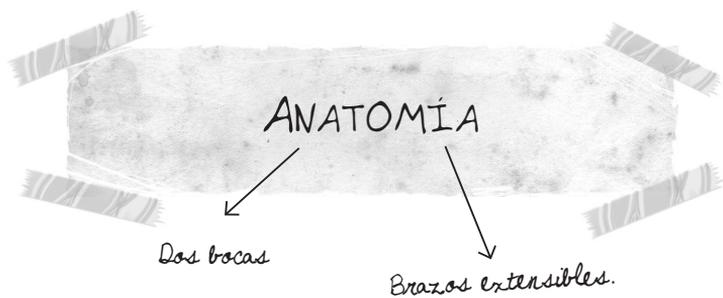
En fin, una vez que comprobé que mi presencia allí pasaba inadvertida, pude dedicarme tranquilamente a pasear y a estudiar el planeta y a sus habitantes, a quienes dedico cariñosamente este volumen.

*A simple vista
es difícil darse cuenta
de si un locósmico
va o viene*





Locósmico disfrutando de un helado



En lugar de una boca, como los terrestres, los locósmicos tienen dos: una, la del frente, les sirve para hablar; la otra, ubicada en la nuca, la utilizan para comer.

El hecho de que la boca para comer la tengan en la nuca los obliga a almorzar sentados de espaldas a la mesa, sin poder ver lo que comen. En general, en los comedores de las casas que tuve oportunidad de visitar he visto que colocan numerosos espejos diseminados en todas las paredes, para poder mantener una conversación viéndose las caras mientras se alimentan.

De todas maneras es común que los locósmicos se enchastren la cabeza con polenta o se metan una cucharada de puré de zapallo en la oreja mientras almuerzan. Claro que a estos accidentes no les conceden la menor importancia y hasta llegan a considerarlos gestos de refinamiento y buen gusto.

La nariz no la tienen los locósmicos hacia afuera sino que, por decirlo así, se les “mete” en la cara. Los pañuelos que utilizan —ya el lector terrestre lo habrá imaginado así— son como pinceles.

Los brazos de los locósmicos tienen una medida normal, pero si uno de ellos desea intensamente alcanzar algo, se le pueden estirar hasta diez o doce metros. El básquet que se practica en Locosmos tiene los aros a dieciséis metros de altura y en general gana el partido el equipo que más desea el triunfo.

*Soy uno de los
mejores dibujantes
que conozco.*



Por último, otra característica curiosa que destacaré de la anatomía del locósmico es que en las manos no le crecen uñas sino minas de lápices. A excepción del dedo índice de la mano derecha, en el que tiene una punta de bolígrafo, y el pulgar de la izquierda, donde le crece una goma de tinta y lápiz, los demás dedos tienen minas de diversos colores.





Locosmos es un planeta sumamente pequeño, de forma hexagonal, cuya órbita en el espacio es bastante caprichosa: tan pronto está quieto como describiendo rápidos ochos y tirabuzones. Distintos astrónomos lo han comparado con un globo al que se inflara con aire y luego se lo soltara.

De los planetas, Locosmos es el único con cinco soles propios, alrededor de los cuales va dando sus increíbles vueltas. Una de las particularidades de esos cinco soles es que funcionan un día cada uno y los restantes cuatro días (la semana de Locosmos tiene cinco días) permanecen apagados. Como cada sol tiene un color, los días se llaman Azul, Rojo, Violeta, Amarillo y Verde.

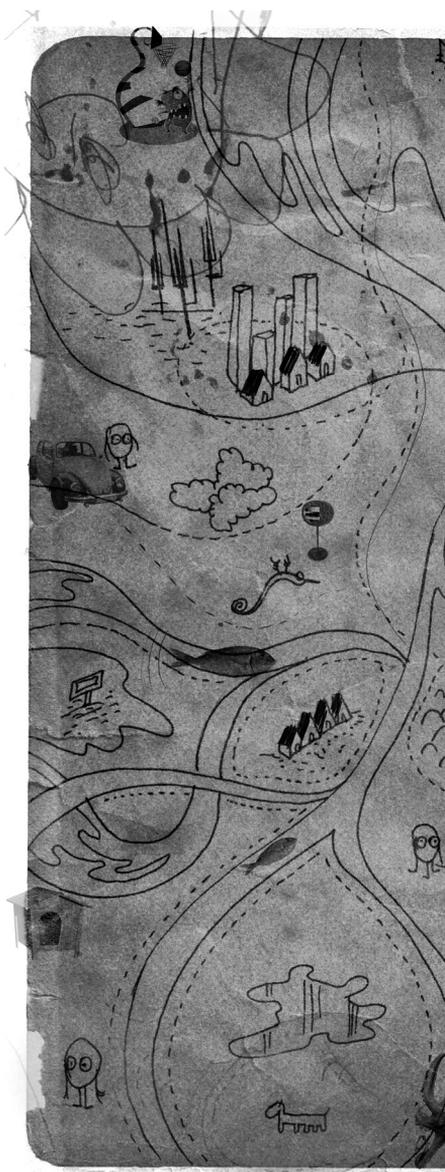
En los días Azules la mayoría de los locómicos inventa máquinas fabulosas; en los Rojos se enamoran; en los Violetas llevan a cabo expediciones increíbles; en los Amarillos se entristecen y recuerdan los días Rojos, y en los Verdes, por último, fabrican

incansablemente enanos de cemento para jardín, que luego venden a los planetas vecinos.

Los ríos de Locosmos son iguales a los de la Tierra, excepto que, en lugar de estar “apoyados” sobre el piso, flotan a cierta altura, generalmente a tres o cuatro metros.

Parecen los ríos enormes cintas de agua que recorrieran los campos por encima de los animales. Los barcos pueden navegar sobre esos ríos, aunque poniendo sumo cuidado en no acercarse demasiado a la orilla para no caer al suelo. Los puertos son como edificios cuyas terrazas dan al agua.

Los locósmicos pasan por debajo de los ríos sin temor alguno,





ya que ni siquiera los salpica una gota de agua. Algunos incluso han construido sus casas de manera que un pequeño riacho entra por una ventana y sale por otra.

Los ríos con fuertes corrientes resultan el sistema de locomoción preferido: sentados sobre pequeños asientos flotantes, los locósmicos recorren cómodamente grandes distancias, gracias a los innumerables arroyos voladores del planeta.

Para que los “pasajeros” bajen al suelo han construido toboganes —uno cada dos cuerdas— a los que llaman “parada del río”.

*¡Error! ¡Norte, Sur, Este
y Oeste en otro planeta?
Espero que la comunidad
científica no se burle de mí,
je je.*